

RESEÑA

Título: EL SÍNDROME DE DIÓGENES

Autor: Juan Ramón Santos

Edita: Editorial Fundación José Manuel Lara. 2020.

Se ha descrito el libro de Juan Ramón Santos como fábula canina, pero no es una que encuadre en las fábulas de Esopo, estas andaban en los márgenes de la posibilidad, de la didáctica y de las conductas a imitar. Allí los que se proponían como ideales de imitación eran los animales, para que los hombres sin sentirse abrumados, bendecidos por un indefenso animal, que sabe conducirse en las trampas de la vida, le dejara una muestra de cómo comportarse. Las fábulas modernas tienen que ser llevadas al extremo de las kafkianas, para ser representativas -por su exageración-, de una mirada misericorde al ser humano.

Un ser humano tan atropellado cuanto él menos interesado está por domeñar la malicia que le rodea, cuando es el menos avisado de lo que a su alrededor se cocina.

Un ser humano que en la sociedad debía ser modélico, enseñante de Filosofía, y nada nos dice el relato de que no lo fuera, pero que las circunstancias orteguianas lo llevan en desarrollo inverso a convertirse en animal, en perro libre. Pero esta libertad queda solo en intento, ya que la imposibilidad del ser humano es ser perro y hombre a la vez, y el hombre/perro resultante olisquea, olfatea y vagabundea como perro, pero siente como humano, y así no deja de sentirse aislado, abandonado por su hijo, burlado por su mujer, por sus compañeros y en lugar de discernir con su saber filosófico, se doblega ante sus necesidades sexuales caninas, “era el tipo de amor que,... gracias a

mi condición perruna,... anhelaba yo con fuerza en aquellos días, de celo animal”, algo que con mucho cinismo disculpa: “*de no haber encontrado en aquella aplicación el modo de saciar de manera pacífica mis impulsos, habría acabado haciéndolo por la fuerza, con terribles consecuencias para muchas mujeres*”. He aquí la gran transformación, el ciudadano profesor hasta hace unos días, convertido en can salvaje, que justifica su conducta como hombre pícaro (dado que ha mostrado ya la podredumbre de la sociedad en la que se mueve).

Se ha descrito el relato pues como un relato picaresco, está en pasado sí, se habla de vida consumada “Todo comenzó” son las primeras palabras del relato, y se despliega un relato que desgrana las premisas judiciales, con fórmulas gramaticales que intentan en su escrito formal ir justificando el proceso: “Pero vayamos con los hechos” /Sucedió sin embargo/ Debo decir a este respecto que,... Tuve que soportar... aguanté estoicamente / aquello fue una encerrona / Fue instructivo conocer /A partir de ese instante todo se volvió / Hubo instrucción, alegaciones, fiscal, declaraciones, jueces, policías, periodistas / Denuncié tímidamente el maltrato.

Con una prosa engolada en su justa medida, muy lógica y deductiva, de las de buena gramática, donde la causa va deduciendo el efecto o al efecto le sigue una cuidada ilación de la causa.

Y la fórmula narrativa elegida es marca de la casa (sello de la Bildungsroman): mi historia, esta que le he venido contando/por eso me dirijo a Usted en este largo escrito/ he intentado ser sincero, se lo pido señor...

Una carta dirigida a *Usted*, un *Vuesa merced* era el destinatario del Lazarillo, pero más bien parecería la carta al juez de *Pascual Duarte*. Un Pascual que también se ha excedido en sus actuaciones, que se creía más libre que el resto de congéneres (jueces, policías o periodistas) y que tampoco se muestra arrepentido pues: “*Yo señor, no soy malo, aunque no me faltarían motivos para serlo*”, es el arranque de la novela Celiana. Una Bildungsroman deformada y a destiempo, una transformación fiera de hombre en can, al socaire de un ladrido y en defensa de una sociedad simuladora. Un juego de trampas en la vida, que de no mantenerse en un ten-con-ten, nos harán perder la posibilidad de distinguir quién es un cínico, de quién representa ser un cínico, la esperpentización del esperpento (límite de la Picaresca española).

Ana María Reviriego Rosado